

LA REFORMA RECLAMA OBJETIVOS

Por Rolando Cordera

A pesar de los consensos reales y aparentes que han acompañado a la movilización universitaria que se inició el último tercio del año pasado; a pesar también de las esperanzas que para muchos creó la realización de un Congreso Universitario, anunciada en febrero de este año por el Consejo Universitario, hoy domina una imagen de trabazón y estancamiento en la UNAM y los principales interlocutores parecen preferir velar sus armas. Todos siguen diciendo que quieren congreso y quieren reforma, con un fin primordial de elevación cultural y académica, pero el hecho es que el procedimiento, la forma de organizarse para organizar, se ha vuelto una telaraña que atrapa al más ducho de los procesalistas y atrae al más decidido de los radicales.

Queriéndolo o no, esta obsesión por el cómo hacer las cosas más nimias se ha vuelto un pantano en el que puede ahogarse cualquier intento por elevar el nivel del diálogo y ubicarlo en el que corresponde a los propósitos explícitos de todos los participantes en el conflicto y la movilización. Es decir, aquellos referidos a los contenidos de la praxis universitaria, a los proyectos de mejoramiento y modificación de esa praxis y a todo el complejo de necesidades comunitarias que se derivan de su propia dinámica y de las relaciones de la institución con la sociedad global. Por mucho que importe y aun entusiasme la polémica procesal, siempre alejada del común de los universitarios y ahora al alcance de cualquiera (o casi), al oprimir la reflexión política y estratégica oprime también la visión de las fuerzas actuantes, fomenta el aislamiento social y hace propicio el resurgimiento de la cultura del ghetto.

Sin duda, los procedimientos son importantes, sobre todo en el contexto de una movilización democratizante como es la actual. Después de todo, la democracia es fin y medio, en particular en una circunstancia como la que viven México y la UNAM. Pero ello no tiene por qué refirse con la introducción de otras líneas argumentales y la exigencia de que formen parte desde ahora, y no luego cuando se realice el Congreso, de la deliberación y el debate de los universitarios.

Más aún, el ocuparse de contenidos y objetivos de la Universidad y de su reforma, puede ayudar a diluir la virulencia procesalista privante y a diversificar las interpelaciones comunitarias, todavía hoy aglutinadas de modo forzado por los bloques que se formaron al calor de los primeros encuentros. Este aglutinamiento lleva el riesgo de congelar las posiciones y volverlas irreductibles, articuladas por discursos esencialistas y repelentes a cualquier posibilidad de intercambio creativo por parte de los protagonistas.

La confrontación de monólogos autosatisfechos sirve para el

consumo pero no para la producción intelectual democrática; esto último es el compromiso claro de la autoridad universitaria y del movimiento estudiantil agrupado en torno al CEU. Conforman también el sostén casi único de una autotransformación efectiva de la UNAM. Por ello, para darle cauce y oxígeno a este compromiso es conveniente, tal vez indispensable, poner en el centro la cuestión de los objetivos.

Estos contenidos y propósitos están contemplados en lo que para algunos son los atributos inmanentes de la Universidad. Producir, transmitir y difundir la ciencia y la cultura; formar científicos y técnicos, son funciones que para realizarse requieren de la fijación de objetivos específicos, acordes con la circunstancia tempo-especial de la Universidad. Sin objetivos, esas funciones elevadas se disuelven y no sirven para mucho más que para la retórica vacía. Habría, pues, que sustantivar los diversos discursos que dicen nutrirse en aquellos atributos superiores de la Institución, para así ordenar la polémica y, sobre todo, abrir paso a un compromiso social constatable, entendible por todos, de la movilización y de la propia Universidad que resultará de esa movilización. En esta perspectiva poco se ha hecho. Menos aún en lo tocante a otra cualidad definitoria de la UNAM: su carácter *nacional*.

Una manera tal vez más operativa de acercarse al problema es el examen de los vínculos establecidos o susceptibles de establecerse, entre la Universidad y el desarrollo. Ello, también, nos permitiría acercarnos a una traducción más actual y concreta del emblema de *nacional* que porta nuestra institución.

De lo que se trataría, en un ejercicio de esta naturaleza, es de establecer e identificar las relaciones eficientes entre el mencionado macro-proceso y el quehacer universitario. Poco se ha dicho ahora respecto de esta compleja y fundamental conexión histórica y social. Más allá de las generalidades sobre el aporte cualitativo que la UNAM podría hacer (o hace) a la solución de los Problemas Nacionales, es ínfimo lo que se ha avanzado en esta materia, para no mencionar giros regresivos como aquellas visiones paranoicas que identifican toda referencia a la relación universidad-desarrollo, como muestra de servidumbre y manipulación tecnocráticas. Cuando se revisa lo que a este respecto se ha dicho, se saca la impresión de que todo parte de verdades aceptadas o compartidas universalmente o, lo peor, de que hubiera en el conflicto una contradicción irreconciliable de "verdades" sobre el tema. Sólo así podría uno explicarse el mutismo predominante sobre este típico, o bien el ocasional exabrupto doctrinario que lo interrumpe.

La ausencia anotada resalta más si la abordamos en la perspectiva abierta por la crisis. Sobre esto, lo que ha privado son referencias primarias y satanizantes a la política económica estatal, queriéndola presentar como un factor que unívocamente explica y determina la propuesta de reformas hecha por las autoridades. Al resignarse implícitamente a las determinaciones presupuestarias restrictivas que se derivan de esa política, las autoridades, a su vez, no han contribuido a ampliar el enfoque con que ha querido evaluarse el entorno económico del conflicto. Así, tanto implícita como explícitamente, al poner el énfasis en la coyuntura, no siempre bien entendida por lo demás, se soslaya el componente de ruptura y apertura que la crisis trae consigo, lo cual empobrece la reflexión sobre el papel posible y deseable de la Universidad en un contexto como éste.

Todo parece indicar que por encima —y por debajo— de la política oficial, México vive una *crisis de modelo*, que se inscribe en un momento de acelerado cambio mundial de corte histórico. Ello le da a los procesos educativos una relevancia mayor que la que suelen tener en fases de crecimiento de un modelo ya constituido.

Las mutaciones que caracterizan a la situación actual del mundo, hacen que lo anterior se aplique con especial intensidad a los niveles educativos superiores, a la investigación básica y aplicada, a la formación de cuadros y a la creación cultural.

Puede parecer paradójico, pero vistos hacia el futuro con la perspectiva del desarrollo y la crisis, la ampliación y el fortalecimiento de la base educativa nacional sólo tendrán sentido y alcances de largo plazo si se ven acompañados por un crecimiento simultáneo, en realidad más acelerado, de los planos superiores de la estructura educacional. Esto es particularmente cierto en la visión que surge de un proyecto nacional de corte independentista. La afirmación y la definición de lo nacional, en el Estado, en el país y en la Universidad, pasan indefectiblemente por las decisiones que se tomen en cuanto al desarrollo de la ciencia, la enseñanza avanzada y la investigación. Ahí, por así decirlo, pasan sus primeros exámenes de admisión a las convocatorias nacionales y populares. Sin pase automático.

En este sentido, vale la pena resaltar dos tópicos cuya discusión urge y debería acompañar desde ahora los afanes congresales. En torno a ellos ya se toman decisiones, fuera de la Universidad y del país, que pueden derivar en el desvirtuamiento de los grandes propósitos que inspiran la movilización universitaria, y aun en la negación por la vía de los hechos del sentido y la naturaleza de la educación superior entendida como un esfuerzo eminentemente nacional.

La primera cuestión tiene que ver con la capacidad con que cuenta el país para producir ciencia y tecnología, científicos y cuadros dirigentes en la producción social, a la altura de las mutaciones revolucionarias que en este orden ocurren en el mundo. Sabemos que en estos aspectos sufrimos de rezagos históricos, cuya proyección, al elaborarse teniendo a la vista lo que se hace en los centros desarrollados, arroja una espiral interminable. Y lo que es peor, parece que no sólo estamos atrás sino que nos estamos quedando "más atrás" y corremos el peligro de volvernos totalmente periféricos, cuando no prescindibles. Esta es, al menos, la impresión que produce el contraste de nuestra situación con los ritmos a que se mueve la franja avanzada de la economía mundial.

En esta tesitura, es claro que la preocupación fundamental debe centrarse en la búsqueda de soluciones nacionales, en las

que los problemas y el desarrollo de la ciencia y la tecnología tengan como referente principal las características, recursos y potencialidades del país. De otra forma, podemos caer en la inmovilidad y la impotencia ante los desafíos provenientes del exterior. Sin embargo, también debería ser claro que la selección, la presentación de opciones y prioridades, las discriminaciones, en materia científica y tecnológica, para no reducir a un ejercicio estéril de nacionalismo ramplón, implican un elevado nivel general de conocimientos, experiencia e información que no cubrimos hoy con facilidad. Así, habría que reconocer que estos procesos suponen y pueden resumirse en el vocablo *excelencia*, aunque ello ponga en estado de alerta a ciertos espíritus vigilantes.

La segunda cuestión nos refiere a la dimensión político-cultural de la mencionada *crisis de modelo*. En esta dimensión tiene un lugar central el problema del liderazgo, entendido



como capacidad para (re)construir relaciones políticas globales que tienen que ver con la conducción del Estado, con la redefinición de vínculos entre el Estado y los actores políticos y sociales, en fin, con la política, el poder y la cultura inscritos en el horizonte de la *necesidad* de nuevas formas y estructuras para el desarrollo. ¿Cuál es, en este sentido, la capacidad de la Universidad para coadyuvar concientemente a producir la crítica, la vocación y la sensibilidad dirigentes que estos magnos procesos demandan?

No resulta difícil advertir que esta segunda problemática conlleva dificultades mayores que las asociadas con la cuestión de la excelencia. En particular, habría que pensar en las complicaciones que emanan de dos principios que, al parecer y por fortuna, hoy gozan de amplia aceptación (en la UNAM): el principio de pluralidad y el principio de democracia (para la Universidad y para México). Combinar estos principios con una universidad expresamente ligada al desarrollo y sus demandas *políticas*, parece una tarea endiablada, pero no parece que haya rodeos a la mano: la UNAM coadyuvará intencionalmente a forjar los nuevos liderazgos que reclama la crisis, podrá mantener (para decir lo anterior con otras palabras) un papel activo en la emulsión y el ascenso sociales, sólo en la medida en que asuma expresamente tal objetivo y busque su realización a través de mecanismos útiles, creíbles, atractivos, de concertación y diálogo. Y ello, no sobra volver sobre el punto, sólo puede resultar de un esfuerzo comprometido por reinventar la tolerancia, alejándola de la pueril y destructiva ocurrencia de que ella no significa otra cosa que la oportunidad de avanzar sobre el adversario.

Sin objetivos, como ha insistido con angustia Gilberto Guevara, la movilización y la reforma de la Universidad y los universitarios no pueden ir muy lejos; mucho menos ser causa nacional mayoritaria. Y es de esto último de lo que se trata. De trascender la tentación del laberinto, del abismo del encierro autocelebratorio. ♦